

Sentado en una vanguardista butaca de piel, Bastian Schweinsteiger esperaba a su contacto. El hotel Hilton de Valencia era mucho más lujoso de lo que imaginó cuando le encargaron el trabajo. Ocupaba gran parte de un imponente rascacielos a la afueras de la ciudad, y su fachada destacaba tanto por su belleza como por su pomposidad. Para un tipo como él, acostumbrado a hospedarse en cuchitriles del tres al cuarto, tanta ostentación resultaba excesiva. Desconocía quién había organizado el intercambio, y lo cierto es que prefería no saberlo. Fuera quien fuese había metido la pata hasta el fondo. Aquel lugar era tremendamente inadecuado. Si algo salía mal, si las cosas se torcían y tenía que salir echando virutas, las probabilidades de que se produjeran daños colaterales eran altísimas. Desde donde se encontraba podía ver a todo el que entraba o salía del edificio. Incluso tenía una panorámica excelente de la calle. A su espalda sólo había una pared forrada de melamina y un acceso para minusválidos en obras. Nadie podía pillarle por sorpresa. A su derecha se encontraba la barra del bar, un espacio relativamente pequeño en el que dos ejecutivos discutían acaloradamente sobre algo que no le interesaba lo más mínimo. Estaba moderadamente tranquilo porque, pese al retraso sufrido en el vuelo que le llevó desde Barajas hasta Manises, había tenido tiempo de registrarse en el hotel, subir a la habitación, hacer malabarismos en el bidé, cambiarse de ropa y bajar hasta la cafetería para escoger la mejor ubicación posible. Un equipo de sonido acorde con el entorno reproducía canciones de los años setenta y ochenta a un volumen más que aceptable. Mientras algunos clientes disfrutaban de exóticas bebidas y charlaban distendidamente, él se entretenía lamiendo un cucurucho helado.

Bastian no era un tipo corriente. Su pelo rubio cortado a cepillo y su metro noventa y nueve de estatura, unidos a su portentosa fisonomía y a sus ciento quince kilos de peso, eran el resultado lógico de sumar un entrenamiento concienzudo con una genética extraordinaria. Podía hacer añicos una puerta de madera maciza de un solo cabezazo. Sus trapecios, hombros, bíceps y tríceps tenían una robustez y flexibilidad sobrehumana. Sus músculos pectorales y abdominales eran capaces de resistir cualquier embestida; y sus glúteos, cuádriceps y gemelos, actuando al unísono, le permitían correr o saltar como si fuera un depredador de la sabana. Tenía la corpulencia de un mastodonte, la agilidad de una gacela y la astucia de un leopardo; algo realmente complicado de aunar en la misma persona.

Había heredado los ojos azules de su madre y la afilada nariz de su padre. No era un tipo guapo, aunque tampoco feo. Cuando se ponía traje y corbata, como en aquella ocasión, ganaba muchos enteros, pero en un trabajo como el suyo tenía pocas ocasiones de lucir palmito. Lo habitual, especialmente cuando trabajaba en su tierra natal, Sudáfrica, era calzar gruesas botas de piel y vestir pantalones de *trekking* con camisetas de estilo *Camel Trophy*.

El padre de Bastian, Gerhart Schweinsteiger, un tipo bastante tosco y malcarado, fue un granjero afrikáner que no supo o no quiso adaptarse a los nuevos tiempos. Durante más de cuarenta años dirigió con mano de hierro una explotación agrícola situada a cien kilómetros de Pretoria. La heredó de su padre, quien a su vez la heredó del suyo. Los Schweinsteiger eran una familia de rancio abolengo muy reconocida entre la comunidad afrikáner. En 1994, tras la victoria de Nelson Mandela y el CNA en las primeras elecciones libres del país, un repentino infarto de miocardio se lo llevó al otro barrio, dejando al hermano menor de Bastian al frente de la granja. Ver a un negro presidiendo el gobierno de Sudáfrica fue demasiado para su viejo corazón. A sus exequias acudieron muchos altos cargos del Partido Nacional, la más radical y segregacionista agrupación política surgida tras la Segunda Guerra Mundial. Los Schweinsteiger habían colaborado activamente en el mantenimiento del *apartheid*, y eso era algo que su comunidad le agradecería eternamente. Alguien tenía que hacer el trabajo sucio. No en vano Gerhart se había ganado el sobrenombre de demonio blanco del bantustán.

Cuando los primeros colonos llegaron al Cabo de Buena Esperanza no imaginaron que se estaban asentando en un lugar que, con el paso de los años, se convertiría en el país más conflictivo del planeta. Alemanes, holandeses y hugonotes huidos de Francia formaron la comunidad blanca más sólida y duradera del continente negro: la comunidad afrikáner. Se trataba de hombres rudos, hechos a sí mismos, que se vieron forzados a superar infinidad de obstáculos para sobrevivir. No tenían miedo a nada, no se postraban ante nadie y jamás se dejaron avasallar por ningún ejército. Primero se enfrentaron a los nativos khoikhoi, después a los británicos, y, antes de abandonar la provincia del Cabo para adentrarse en territorio salvaje, a los Xhosa.

Debido a sus desavenencias con la por entonces invencible pérfida Albión, decenas de miles de colonos centroeuropeos emprendieron una marcha sin retorno hacia el interior del continente. Allí se toparon con los zulúes, y tras varios años de interminables disputas territoriales terminaron por establecerse al norte del río Orange. Proclamaron la supremacía blanca como eje principal de su cultura y se mantuvieron firmes en sus creencias. Eran granjeros extremadamente religiosos que se veían a sí mismos como portadores de la palabra de Cristo.

Entre 1850 y 1940 la historia del país y de sus habitantes sólo puede entenderse bajo el prisma de la guerra continua. Los afrikáner, el poder británico y los nativos zulúes se enzarzaron en tantas batallas como pudieron, y sólo el inicio de la Guerra Mundial puso fin a tal sinsentido. Esta tragedia generacional contribuyó significativamente a forjar el carácter rudo de los afrikáner. Todos los antepasados de Bastian lucharon en alguna contienda, y muchos de ellos murieron de manera atroz. Habían sobrevivido gracias a la sangre derramada de miles de hombres y mujeres, y por ese motivo no confiaban en nadie más que en la gente de su comunidad. Todos los demás eran extraños que, en la mayoría de los casos, únicamente deseaban su aniquilación. A mediados del siglo XX se hicieron con el poder, y aplicaron sin contemplaciones un régimen que trataba a los no blancos como ciudadanos de segunda. Sudáfrica era su país, y ningún negro, asiático o mestizo podía disfrutar de los mismos derechos que ellos. Los granjeros de tez clara eran el pilar sobre el que se sustentaba la civilización en aquel recóndito rincón del globo.

Bastian creció en un ambiente marcadamente xenófobo. Siguió los pasos de su padre en las juventudes del Partido Nacional y actuó como todo el mundo esperaba del primogénito de un granjero acomodado blanco, hasta que un día decidió volar por su cuenta. Abandonó la casa familiar y se alistó en el ejército. Pese a que también creía firmemente en la supremacía aria, las diferencias con Gerhart fueron aumentando a medida que ganaba consciencia sobre todo aquello que acontecía a su alrededor. Al cumplir 18 años dejó la casa familiar para no regresar jamás. Su relación se había deteriorado sin remedio. Ni siquiera apareció por allí el día en que enterraron al viejo. Después de la victoria electoral del Congreso Nacional Africano se dio de baja en las fuerzas armadas y pasó a engrosar la lista de mercenarios que vendían sus servicios al mejor postor. No en vano Sudáfrica es considerada, incluso hoy en día, el mayor vivero de soldados de fortuna de todo el continente.

A las 14:35 horas, con más de media hora de retraso, Bastian vio a un hombre de mediana edad que entraba en el hotel con un maletín en una mano y un paraguas en la otra. Lucía un sol espléndido en la capital del Turia y el parte meteorológico no preveía chubascos. ¡Era su contacto! Además, su elegante traje italiano le delataba.

Ocultándose entre la gente, el afrikáner se puso en pie y caminó hacia él. Rodeó a un grupo de turistas japoneses reunidos en torno a un enorme mapa de la ciudad y se situó a su espalda. Lo observó detenidamente para comprobar que no escondía nada peligroso bajo la elegante chaqueta y que no actuaba de manera extraña. Constató que sólo llevaba aquel ridículo paraguas y el maletín de tela para guardar el portátil y se relajó. Eso era todo. Ni bultos sospechosos a la altura de la cintura ni en los tobillos. Se situó a su vera y le saludó

cortésmente. Le sacaba una cabeza, así que no pudo evitar intimidarle. Se presentó como el señor Schweinsteiger y sonrió.

El hombre del traje le miró de arriba abajo con los ojos abiertos como platos y suspiró mientras sacudía levemente la cabeza. No esperaba a alguien tan corpulento. Aquel gigantón no pasaría desapercibido ni en una convención de jugadores de fútbol americano. Finalmente decidió devolverle el gesto de cortesía y estrechó su mano.

Clermont Truffaut era el importador de diamantes de sangre con peor reputación de toda Europa. Su cara, marcada por una fea cicatriz que le recorría la mejilla derecha desde la barbilla hasta la oreja, dejaba claro que no siempre había sido un dandi. Trabajó como asesino a sueldo en Sierra Leona entre 1992 y 1999, momento en el que se trasladó a la vecina Liberia para dirigir uno de los batallones de la muerte del presidente Charles Taylor. Cuando éste cayó en desgracia, Truffaut padeció su particular Vía Crucis. En su huída a través de la frontera con Guinea fue apresado por un grupo de rebeldes que le mantuvo retenido durante seis largos meses. La cicatriz de su cara sólo era uno de los muchos recuerdos que aquellos bárbaros grabaron en su piel.

- ¿Tomamos asiento? – preguntó Bastian, en un pésimo francés, mientras señalaba una de las mesitas de la cafetería.
- ¡Por supuesto! – respondió Clermont. – Usted primero.

Un camarero muy educado se acercó hasta su mesa para preguntarles si deseaban tomar algo. El afrikáner pidió una botella de agua con gas, hielo y limón. El belga se decantó por una copa de Luis XIII de Remy Martin.

- ¿Ha tenido buen viaje? – preguntó Clermont en cuanto se quedaron de nuevo a solas.
- No ha estado mal – comentó el afrikáner. - Un poco pesado, ya sabe, pero al menos no hemos sufrido turbulencias.
- ¿Han hecho muchas escalas?
- No, en absoluto. Sólo una. Hay un vuelo directo entre Pretoria y Madrid – explicó. - Hace algunos años era bastante más complicado llegar a España. Los viajeros de cualquier ciudad sudafricana tenían que desplazarse hasta Johannesburgo para subir a un avión de Lufthansa con destino a Frankfurt. Allí debían esperar varias horas hasta enlazar con Madrid. ¡Era un jodido coñazo! – espetó finalmente.

Bastian odiaba volar. Cada vez que se subía a uno de aquellos malditos vibradores presurizados, como le gustaba llamar a los aviones a reacción, sentía que perdía por completo el control de su vida. Si algo salía mal, si el aparato caía, nada de lo que pudiera hacer o decir tendría la menor relevancia. Esa sensación de absoluta pérdida del control le desagradaba sobre manera. Era un hombre al que no le gustaba que otros dirigieran su vida.

- Bien, pues... si le parece... - comenzó a decir Clermont en referencia a lo que les había llevado hasta allí.
- ¡Por supuesto! – afirmó Bastian. – Entremos en materia. ¿Ha traído las claves?
- ¡Así es! ¿Y usted? – preguntó el belga. - ¿Ha traído la piedra?
- ¡Ahá!
- ¡Magnífico! Me encanta trabajar con ustedes. ¡Todo resulta siempre tan sencillo! En cambio, con los negros... ¡Uf! ¡Qué le voy a contar que no sepa!
- ¿Realizamos el intercambio aquí o prefiere que subamos a mi habitación? – dijo el afrikáner sin hacer demasiado caso al comentario.

La pregunta no era baladí. Una compraventa de aquellas características no se hacía todos los días. Había viajado más de ocho mil kilómetros con una esmeralda del tamaño de un dedo pulgar metida en el culo. Aquella jodida roca verde valía muchísimo dinero. La expulsó nada más llegar al hotel, la limpió, le cambió el envoltorio, la metió en una preciosa bolsita de terciopelo negro y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Por su parte, lo más difícil ya

estaba hecho. Entregársela a aquel psicópata valón con aires de noble inglés no le costaría nada. Sólo tenía que dejarla disimuladamente sobre la mesa. Ahora bien, el trabajo de Clermont era algo más complicado. Debía encender su portátil, conectarse a internet, entrar en la página de un banco suizo y teclear una serie de claves que le habían sido entregadas previamente por la entidad. No es que fuera nada del otro mundo, pero Bastian entendía que quizá el belga prefiriese realizar todo eso en la intimidad de una habitación.

Después de abonar 165 euros por las dos consumiciones, caminaron en silencio hasta el ascensor más próximo. Se sentían estafados. Aguardaron unos instantes a que las puertas metálicas se abrieran y accedieron a su interior sin demorarse. Una pareja entró después que ellos y, sin el menor reparo, se fundió en un intenso abrazo para terminar besándose apasionadamente. Bastian tuvo que alargar el brazo para pulsar el botón de la décimo quinta planta.

El afrikáner enseguida se dio cuenta de que aquellos dos no estaban casados. Ninguno llevaba anillo, y la pasión que demostraban era más propia de un romance furtivo que de otra cosa. Además, que él fuera un tipo entradito en años y ella una simple veinteañera le hizo sospechar que se trataba de algo más sórdido. Probablemente se hallaba frente un ejecutivo sobrado de dinero y una modelo que vendía servicios sexuales al mejor postor. El trasero de la muchacha era imponente, y el modo en que manejaba la lengua evidenciaba que sabía muy bien cómo hacer su trabajo.

Colombia ha sido desde siempre el principal exportador de esmeraldas. No en vano los mayores yacimientos de esta piedra preciosa se hallan en su territorio. En cualquier caso, para una organización criminal como la que contrató los servicios de Bastian, trabajar con material proveniente de las minas de Zimbabwe resultaba mucho más sencillo y provechoso.

La piedra que el afrikáner guardó tan celosamente en el recto durante su viaje había recorrido un largo trecho antes de llegar a Pretoria. Fue descubierta por un trabajador de la compañía anglo-helvéctica que explotaba varias minas en la antigua Rodesia del Sur. Pese a que las condiciones laborales no eran tan malas como en Sierra Leona o en la República Democrática del Congo, donde cientos de mineros perdían la vida cada día trabajando como esclavos, decenas de miles de pakistaníes, nativos shonas y asiáticos de diferentes etnias malvivían en un destartalado campamento de chabolas a tres kilómetros de la mina. El caos reinaba por doquier. Las mafias nigerianas controlaban el tráfico de droga, la prostitución y cualquier otra actividad criminal dentro del poblado. Los pocos niños que habitaban el lugar perdían la virginidad antes de los cinco años. La mayoría era objeto de brutales violaciones por parte de adultos sin escrúpulos enganchados al tik. Los que tenían menos suerte caían en manos de desaprensivos que utilizaban sus huesos para rituales tribales de lo más execrable.

El tik, cuyo principal ingrediente es la metanfetamina, era barato y fácil de conseguir en la mayoría de suburbios sudafricanos. Con la llegada del nuevo milenio se extendió con rapidez a los países limítrofes y, en la actualidad, devasta sin piedad las comunidades más humildes del continente negro.

Rana Muhammad, el empleado minero que dio con el tesoro, se había trasladado hasta Zimbabwe dos años antes. En Peshawar se moría de hambre, y pensó que cualquier cambio debía acarrear necesariamente una mejora. Junto a otros treinta hombres se embarcó en una aventura que le llevó a trabajar para una buena empresa pero a vivir en el centro mismo del infierno. Todos sus compañeros acabaron enganchados a aquella terrible droga, aunque él, gracias a sus férreas creencias religiosas, consiguió mantenerse limpio. Su capataz, un holandés de buen corazón, siempre le trató con respeto. Por indicación expresa de Rana ingresaba sus nóminas en una cuenta bancaria del extranjero. Rana sólo cobraba en efectivo lo mínimo indispensable para vivir. Había visto a sus amigos dilapidar todo lo que ganaban en furcias infectadas con el VIH y en drogas que destruían el alma. Él no pensaba caer tan bajo. Trabajaba

quince horas al día y sólo acudía al asentamiento para dormir. Su chabola tenía la misma apariencia externa que las demás. En aquel maldito lugar no era bueno llamar la atención. Pero por dentro estaba bastante más limpia y ordenada que la mayoría.

La tarde en que encontró aquella esmeralda estaba diluviando. Alguien dijo por megafonía que quien quisiera marcharse a casa antes de la hora podía hacerlo sin temor a ser castigado. La mina estaba excavada a cielo abierto y no había protecciones de ningún tipo. Casi todos hicieron caso y dejaron de trabajar, aunque Rana decidió continuar. No tenía otra cosa que hacer. Sabía que las callejuelas del asentamiento estarían igual de encharcadas que su lugar de trabajo. Ni siquiera su cuidada chabola se libraría de las goteras. Además, cada vez que llovía con esa intensidad, el terreno bajo el poblado se removía y sacaba a la luz los cadáveres putrefactos de desdichados mineros corroídos por la droga y la desesperación.

Ante la ausencia de trabajadores en sus puestos, la seguridad se relajó sobremanera. Casi todos los vigilantes se retiraron a sus barracones para guarecerse de la intensa lluvia, y la mayoría de capataces hizo lo mismo. Sólo el holandés que velaba por los intereses de Rana se mantuvo en su puesto. Si uno de sus hombres seguía al pie del cañón, él también lo haría.

Cuando éste halló la piedra apenas pudo dar crédito a lo veía. No se trataba de una simple esmeralda. Era la pieza más grande y hermosa que había visto en su vida. Sin dudarlo se la metió en la boca e intentó tragársela. Al principio creyó que iba morir asfixiado, pues se le quedó atorada en la tráquea. Tuvo que echarse al suelo y beber tanta agua como pudo de un charco cercano. Al poco de estar allí tirado logró que se abriera paso hasta su estómago. Esa actitud llamó poderosamente la atención del capataz. Le observaba desde cierta distancia, preguntándose qué clase de loco bebería de aquella apestosa agua embarrada. Cogió la Beretta 303 con cartuchos de postas de uno de los guardias y se acercó hasta el pakistaní. Cinco minutos después estaba muerto, y Rana Muhammad corría bajo la lluvia como un poseso. Aquel tipo se había portado siempre como un hermano, aunque no dudó ni un segundo en apuntarle con una escopeta al sospechar que intentaba robar una piedra de la mina.

Rana debía alejarse de allí tanto como pudiera antes de que dejase de llover. Por suerte para él continuó cayendo agua a mares durante tres días. Eso le permitió llegar a una carretera secundaria, robar un 4x4 a punta de escopeta y dirigirse a Harare. En la corrupta capital del país no tardó en encontrar gente interesada en comprar la valiosa joya. Le pagaron 30.000 dólares por ella. Una miseria en comparación con su valor en Occidente, aunque eso a él le importaba bien poco. Con ese dinero podría volver a casa, comprar una pequeña hacienda y casarse. Tenía al alcance de la mano todo aquello con lo que había soñado desde niño, aunque no llegó a disfrutarlo. Unos delincuentes de poca monta le cortaron el cuello con un azadón antes de que pudiera comprar un billete para salir del país. Le robaron el dinero y arrojaron su cuerpo a un vertedero.

Las habitaciones del Hilton habían sido diseñadas pensando en un tipo de cliente muy exclusivo. Frente a las pequeñas y prácticas estancias de otros hoteles en los que se aprovechaba al máximo el espacio, en el Hilton de Valencia todo era amplio y elegante. La moqueta, de un optimista color gris azulado, acariciaba las plantas de los pies como una alfombra de pétalos de rosa. El baño estaba revestido de mármol travertino y contaba con cabina de hidromasaje. Los colchones de las camas eran gruesos y esponjosos, y en la zona del escritorio reposaba una enorme pantalla plana de televisión. No había otro establecimiento igual en todo el Levante español.

Bastian y Clermont dejaron a la feliz pareja dándose el lote en el ascensor y se dirigieron a la habitación del afrikáner. Ya en la intimidad de la estancia, el primero sacó la bolsita de terciopelo que guardaba con tanto celo y la dejó sobre la cama. El belga la cogió, sacó la piedra y se quedó un buen rato admirándola. Era perfecta. Tal y como le habían advertido desde Pretoria, no había otra pieza igual en el mercado. Estaba ante la esmeralda más luminosa y

limpia que había visto jamás. Cuando el afrikáner consideró que ya era hora de cerrar el trato tosió un par de veces y esperó a que aquel hombrecillo de tan oscuro pasado reaccionara. Clermont alzó la vista y sonrió.

- Debo reconocer que me ha impresionado – afirmó.
- Me alegro. Eso hace que las cosas sean mucho más fáciles. Ahora, por favor, encienda su ordenador y realice la transferencia – sentenció Bastian.
- ¡Ah! Por supuesto. La transferencia.

El belga se dirigió al maletín que había dejado cuidadosamente en el suelo, junto a la entrada, y se acuclilló. No soltó la piedra. No tenía intención de desprenderse de ella. Despasó la cremallera cuidadosamente y en lugar de sacar su pequeño portátil empuñó una pistola taser M26. Antes de que el afrikáner pudiera reaccionar recibió una brutal descarga eléctrica en el plexo solar que lo dejó completamente aturdido. Cuando recobró el conocimiento, el belga ya se había marchado, dejando la puerta abierta de par en par. Bastian quiso ponerse en pie, aunque a duras penas logró despegar la cabeza del suelo. Trató de relajarse, aguardó un par de minutos sin moverse y finalmente se levantó. Al principio sintió unas fuertes náuseas, aunque no llegó a vomitar. Dio un par de pasos y perdió el equilibrio. Hincó una rodilla en la moqueta y respiró hondo. No debía precipitarse. Cuanta más prisa tuviera por ir tras aquel malnacido más tiempo perdería. Salió al pasillo e intentó centrarse. No veía bien. No oía bien, y sentía que iba a perder el control de un momento a otro. Aquel cabronazo le había jodido, pensó. ¿Cómo pudo bajar la guardia de ese modo?, se preguntaba una y otra vez mientras daba torpes pasos por el corredor que conducía a los ascensores.

En cuanto alcanzó el hall, pulsó el botón de bajada y esperó a que se abrieran las puertas del elevador. Cuando por fin sucedió esto, la hermosa mujer que había estado dándose el lote con el ejecutivo salió empuñando un revolver. Se trataba de una empleada del belga que estaba allí para evitar que Bastian dejara el hotel si, tal y como acababa de suceder, lograba reponerse de la descarga con rapidez. Apuntó directamente al pecho del afrikáner y abrió fuego. Dos balas impactaron en su pulmón y una tercera le rozó la yugular. Bastian dio varios pasos hacia atrás, pero, a diferencia de lo sucedido anteriormente, no cayó al suelo. Cuando la hermosa asesina estaba a punto de descerrajarle un último y definitivo balazo en la frente recibió un mandoble brutal en la barbilla. Perdió el conocimiento y cayó de bruces. Subestimar a Bastian se pagaba caro. El gigantón la agarró con fuerza por la cintura y la llevó a la habitación.

Asesinar a alguien a sangre fría no le agradaba demasiado. Le recordaba la clase de tipejo que era en realidad, aunque, dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio. Dejó a la muchacha sobre la cama, cogió una de aquellas esponjosas almohadas y la apoyó contra su cara. Se sentó encima de su vientre y presionó con fuerza. Una serie de sacudidas y espasmos le dieron a entender que se acercaba el final.

La muerte por asfixia es tremendamente dolorosa. Debido a la falta de oxígeno en el cerebro, quien la padece sufre vértigo y un terrible zumbido en los oídos que suele ir acompañado de angustia y arritmia. Después se pierde el conocimiento y arrancan las convulsiones. Raro es el caso en que éstas no van acompañadas de una pérdida total del control de los esfínteres. Heces y orines reinan por doquier. El cuerpo suda en abundancia, la tensión se dispara y el proceso respiratorio se colapsa. El corazón se acelera hasta límites insostenibles y termina reventando.

Cuando Bastian concluyó el trabajo se apartó de ella y caminó hasta el baño para comprobar el alcance de sus heridas. Se quitó la camisa, se mojó la cara y observó los dos boquetes que se abrían obscenos en su músculo pectoral. Estaba malherido.

¿Dónde coño se había metido el ejecutivo viciosillo?, pensó a continuación. Resultaba obvio que los dos formaban parte del mismo equipo. Eran matones de Clermont. Bastian no tardó ni un minuto en dar con la respuesta. La puerta de la habitación se abrió de golpe. Alguien le había propinado una sonora patada. El robusto sudafricano salió del baño medio desnudo y

sangrando en abundancia para comprobar qué pasaba. El ejecutivo cuarentón apareció frente a él empuñando una navaja de dimensiones considerables y, de un certero movimiento, se la clavó en el abdomen para retorcerla como un destornillador. El afrikáner gritó angustiado mientras veía cómo aquel malnacido hundía cada vez más la afilada hoja en su vientre, sesgando con facilidad algunos de sus órganos vitales.

Lo que sucedió a continuación podría definirse como un atronador huracán de violencia. Bastian golpeó al ejecutivo repetidamente. Primero descargó una sonora trompada contra su nuca que le hizo ponerse de rodillas. Acto seguido se sacó de la manga un demoledor crochet, al estilo de Cassius Clay, y le partió la mandíbula en mil pedazos. Aquel pobre desgraciado se deshizo como un terrón de azúcar en una taza de té hirviendo. Había usado muy oportunamente el factor sorpresa, pero subestimó el aguante de su rival. Bastian lo tomó en volandas y, sin reparar en las consecuencias, lo lanzó contra la ventana del cuarto. El cristal se astilló, pero no cedió. El cuerpo sin vida de aquel asesino de medio pelo cayó contra la mesita de cortesía y se retorció como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. El sonido del mueble haciéndose añicos llamó la atención de los clientes hospedados en las habitaciones contiguas, aunque nadie salió al pasillo para ver qué sucedía. El afrikáner, sin perder un segundo, volvió a cogerlo y a lanzarlo a contra la ventana. En esa ocasión no hubo doble acristalamiento que aguantase el envite.

La vida transcurría con total normalidad por la Avenida de las Cortes Valencianas cuando el cuerpo inerte de un hombre de setenta kilos de peso cayó sobre el techo de una furgoneta de reparto.

En la habitación, con la mirada perdida, Bastian se apoyó contra una pared y dejó que su cuerpo se deslizara lentamente hasta el suelo. No saldría del hotel con vida. Se estaba desangrando. Una sencilla operación de intercambio se había convertido en una inesperada bacanal de sangre y mierda. En su cabeza se arremolinaban sentimientos de lo más encontrado. En parte se alegraba de que todo llegara a su fin. Estaba cansado de ir por ahí retorciendo cuellos, violando, robando y matando. Con la excusa de su supuesta superioridad racial, algo en lo que nunca creyó realmente, había dejado el continente negro lleno de viudas, viudos y huérfanos. Que su último trabajo hubiera sido en Europa, la cuna de sus ancestros, no dejaba de parecerle irónico. Cerrando los ojos lentamente, justo antes del último estertor, recordó la noche en que su vida empezó a descarrilar.

Durante el apartheid sudafricano, el gobierno blanco designó diez territorios que actuaban como reservas tribales para los ciudadanos cuya tez no fuera tan clara como la leche de vaca. Estas zonas disfrutaban, teóricamente, de cierta independencia administrativa. El Partido Nacional incluso intentó que alguna de ellas fuera reconocida internacionalmente como un estado independiente, con la intención de abandonar a sus pobladores a su suerte, aunque eso nunca sucedió. La idea de los segregacionistas era sencilla: la población blanca se quedaría con casi todo el país y la negra se recluiría en una especie de guetos montañosos que recibieron el nombre de bantustán.

Los bantustanes nunca fueron aceptados por el mundo occidental y permanecieron dentro de la órbita política de un país cuyo gobierno trataba mejor a los perros que a los negros. Este hecho provocó continuos disturbios, pues los ciudadanos de color eran considerados escoria dentro de su propio país. En alguna ocasión, especialmente en los años setenta y ochenta, estos altercados superaron las fronteras valladas de cada bantustán y alcanzaron a la población blanca. Por descontado, los afrikáner no aceptaron que un puñado de desarrapados se paseara por sus calles con pancartas y banderas y, en un abrir y cerrar de ojos, formaron brigadas de castigo al estilo de los grupos paramilitares colombianos. El padre de Bastian, Gerhart Schweinsteiger, fue el capitán de uno de ellos.

Una calurosa noche de agosto despertó a su hijo y lo llevó con él a una de sus misiones. Veinte hombres armados hasta los dientes, acompañados por dos docenas de policías, llegaron al bantustán de Bophutatswana con la intención de ajustar alguna que otra cuenta. Una joven blanca había sido violada y degollada por varios mulatos en un arrabal de Pretoria. No se había dado con los malhechores, y el demonio blanco del bantustán decidió tomarse la justicia por su mano.

A Bastian le llamó mucho la atención el silencio que reinaba en las calles de aquel paupérrimo lugar cuando ellos llegaron. No se oía nada más que el rugido de los motores de las furgonetas. Aquel lodazal alejado de la mano de Dios hedía a miedo.

El convoy se detuvo frente a un grupo de chabolas que formaban una única manzana. Se trataba de un amasijo de hierros, chapas y cartones que asombrosamente se mantenía en pie contraviniendo las leyes de la gravedad. Varios matones bajaron de las camionetas y sacaron de sus hogares a cinco varones, tres mujeres y un niño elegidos al azar. Los empujaron y golpearon con palos como si fuesen ganado. Llevaron a las mujeres y al niño junto a las camionetas e hicieron que los hombres se arrodillaran en medio de la calle. Gerhart ordenó que les vendaran los ojos con unos harapos y le descerrajaran un tiro en la sien a cada uno. Sus colaboradores, cuyas almas hacía mucho tiempo que habían comprado un billete directo hacia el infierno, cumplieron las órdenes sin pestañear mientras el pequeño Bastian observaba la escena impertérrito. Cuando los cuerpos de los nativos Xhosa se desplomaron, ellas gritaron horrorizadas. Sabían que no verían otro amanecer.

Varios policías las tomaron por las muñecas y las esposaron a la parte trasera de uno de sus vehículos blindados. Poco después comenzó el segundo acto de aquel infecto horror. Los milicianos se apresuraron a quitarse los pantalones y correr hacia las detenidas. Uno de ellos, el más alto y fuerte de todos, cogió a una, le golpeó en las costillas para hacer que se doblara como un junco y, sin más preámbulos, la penetró.

Las tres fueron violadas varias veces, tanto anal como vaginalmente, y, pese a sus incesantes súplicas, ninguno de los miembros del batallón de castigo tuvo piedad. Por aquel entonces aún no había hecho acto de presencia el VIH, así que tampoco se molestaron en ponerse un condón. Uno de ellos se puso tan nervioso que ni siquiera esperó a que los músculos vaginales de su víctima escupieran el viscoso fluido que su predecesor había eyaculado y la penetró sin el menor pudor.

Cuando todo terminó, Gerhart en persona amartilló su revolver y se acercó a las tres desdichadas para volarles la tapa de los sesos.

- No hay nada más asqueroso e indigno, hijo mío – le dijo a Bastian al regresar junto a él – que una furcia y maloliente negra.

Los policías se apresuraron a retirar los grilletes de las muñecas de los cadáveres y dejaron que los propios violadores las arrastraran hasta la puerta de sus casas. Creían estar dejando un mensaje bien claro a la comunidad nativa: si se creían capaces de joderles... estaban muy equivocados.

Todos los presentes estaban empapados en sudor. La humedad, el calor y el esfuerzo que acababan de realizar les había disparado el pulso, y sus glándulas sudoríparas trabajaban a marchas forzadas. El joven Schweinsteiger no acababa de entender el porqué de tanta violencia y ensañamiento, aunque lo cierto es que no le importaba demasiado. Estaba mucho más intrigado que asqueado. Había crecido creyendo que los negros no eran más que animales, y esa opinión no se corregía de la noche a la mañana. Lo que no podía dejar de preguntarse era qué necesidad había de actuar de esa forma. A nadie se le ocurría follarse a una gallina antes de retorcerle el cuello para hacer un caldo. Así pues... ¿qué ocurría allí? ¿Para qué tanto dolor? ¿Por venganza? La muchacha violada en Pretoria no era familiar de ninguno de aquellos milicianos. ¿Por odio? No. Por odio no podía ser, pensó. ¿Quién odia a una gallina o a una vaca? Y entonces lo entendió. Era por miedo. Su padre y aquellos que le acompañaban tenían

un miedo atroz a que la comunidad negra sacara la cabeza del culo e intentara cambiar el modo de vida de los blancos. ¡Ahí estaba su respuesta!

Antes de poder valorar lo que acababa de entender, Gerhart se le acercó y le cogió por el cuello de la camisa para clavarle la mirada.

- Ahora, Bastian, hijo mío... vas a hacerte un hombre. Vas a matar a tu primer hijo puta.

Alguien llevó al niño que sacaron de las chabolas hasta el lugar en el que yacían sus parientes y le ató las manos a la espalda. Después le puso un neumático viejo a modo de collar y lo roció con gasolina. Mientras los policías reían abiertamente, sabedores de qué iba a pasar a continuación, Gerhart le dio a Bastian una antorcha encendida. Caminó junto a él hasta situarse justo frente al muchacho, le dio una palmada en el hombro y se retiró.

El chiquillo de color se había meado encima, eso era evidente pese al olor a combustible que lo impregnaba todo. Los dos se miraron a los ojos durante un buen rato guardando un tenso silencio, hasta que el pequeño Xhosa se cansó y le dijo a su joven verdugo que lo hiciera de una vez.

De camino a casa, con el olor a pelo quemado aún metido en la pituitaria, Bastian recordaba cómo aquel negrito de mierda, como lo había llamado su padre, corrió por toda la calle con la cabeza en llamas. El caucho del neumático ardiendo producía una intensa humareda y un extraño crepitar que, unido a los alaridos del muchacho, fue la guinda del pastel de aquella cruenta noche. Su cuerpo abrasado por las llamas corrió y saltó por toda la calle, chocándose contra las paredes de algunas chabolas, y, pese a sus súplicas, ningún vecino salió a socorrerle.

Muchos años después de aquello, sentado sobre la elegante moqueta de su habitación en el hotel Hilton de Valencia, Bastian Schweinsteiger respiraba con dificultad. Esputaba sangre a borbotones y a duras penas lograba mantener la consciencia. Sus ojos, como si se tratara de dos luceros que se apagaban al alba, fueron cerrándose lentamente mientras los latidos de su corazón se hacían cada vez más suaves y distanciados.

En el momento en que dos policías nacionales entraron en la estancia y se acercaron a él para comprobar sus constantes vitales, el enorme africano abrió por última vez los ojos, inspiró una enorme bocanada de aire y se quedó petrificado. No le había dado tiempo a decir nada interesante. Sus últimas palabras no sirvieron para delatar a su asesino o para disculparse por haber mantenido una vida tan disoluta. Bastian no hizo nada de eso. Sólo murió.